

A decir verdad, preciso es reconocer que fueron bien pobres los resultados obtenidos en esas escuelas populares, pues cuando los discípulos más aventajados llegaban á deletrear penosamente manuscritos é impresos, y á escribir, ó más bien pintar letras, con más trabajo aún, adquiriendo los primeros rudimentos del cálculo, creíase haber alcanzado mucho. En cuanto á la mayoría de los discípulos, tanto los maestros de las ciudades, como los de las aldeas, parecían satisfechos de haber cumplido del todo con su deber cuando conseguían hacerles aprender á palos los capítulos principales del catecismo, el Padre-nuestro, varias oraciones, y cuando más alguna canción religiosa. Repetiremos que estos conocimientos se enseñaban á palos, en la verdadera acepción de la palabra, pues el palo representaba en la pedagogía de nuestros antepasados el principal papel. Hasta muy entrado el siglo XVIII, decir que se educaba á un niño era sinónimo de que se le apaleaba. Ciertamente que un sentimiento humanitario había inducido á organizar la instrucción superior sobre mejores bases, pero no se había tenido el tiempo necesario para realizar el proyecto. Allí donde se trataba de luchar con astucia y energía contra los estudios clásicos y la ciencia natural, apenas naciente, la teología protestante y la católica uníanse con íntimos y fraternales lazos. Lutero no quería reconocer á la filología y la filosofía sino como humildes servidoras de la teología; y el hecho de llamar á la razón, en su grosero estilo, una «loca,» ó «bestia rabiosa,» y lo que es peor aún, «ramera del demonio,» demuestra claramente cuál era su opinión respecto á las ciencias verdaderamente libres.

Melanchton tronaba á su vez contra el nuevo sistema descubierto por Copérnico, con más vehemencia aún que los católicos, y aprobaba además que el cruel fanático Calvino hiciera quemar vivo en 1553, en Ginebra, al sabio español Miguel Servet, porque este «hereje» había tenido la franqueza de confesar que no podía conformarse con el dogma de la Trinidad. La teología protestante estaba siempre en continua discordia con las matemáticas; y ni siquiera las aceptaba cuando se ofrecían como auxiliares. Aun en 1679 la facultad teológica de Jena obligó al matemático de la misma universidad, Weigel, á hacer una retractación solemne, por su benévola, pero peligrosa tentativa, de probar matemáticamente el «misterio de la Trinidad». Los jesuitas, que muy pronto se hicieron dueños absolutos de la instrucción superior en las regiones católicas de nuestro país, hacían á su vez la guerra con igual empeño á la libertad del pensamiento y al humanismo. Su sistema de educación tendía lógicamente á sustituir la actividad espiritual propia del hombre con un formalismo ortodoxo vaciado en el molde romano. El idioma griego se descuidaba completamente en sus colegios, de los cuales se excluía el estudio de las ciencias naturales; entregábanse á los discípulos los autores latinos ya mutilados, sustituyéndolos también con una absurda literatura monacal, y se introducía en las escuelas y colegios el uso de la lengua latina, para desviar con más facilidad á los jóvenes del germanismo. Los colegios y universidades protestantes les imitaban, y de este modo el latín volvía á ser el lenguaje oficial de los sabios. Los perjuicios que esto debía acarrear á la cultura nacional son evidentes; la ciencia, dejando de estar en contacto con el espíritu popular, descuidaba cada vez más los verdaderos intereses de nuestro país, y, encerrada en los límites de una lengua muerta, se transformó en orgullosa pedantería. La lengua alemana, empero, descuidada y desatendida por los sabios de escuela, hubiera quedado sumida en perpetuo salvajismo si aún en los peores tiempos, es decir, durante la guerra de los Treinta años, no hubiese habido

siempre verdaderos patriotas que cultivaban con solicitud el idioma materno, tan desdeñado de los pedantes. Volveremos á tratar de este punto en el lugar correspondiente.

Las universidades eran los principales centros donde la sabiduría de la época de la Reforma concentraba toda su actividad del modo ya indicado, pero también se iniciaron en ellas en los siglos XVI y XVII los principios de una ciencia superior y más libre. En el capítulo II hemos hecho ya mención de las cuatro universidades más antiguas de Alemania; después de estas se fundaron sucesivamente, desde principios del siglo XV hasta fines del XVII, las de Wirtzburgo (1403), Leipzig, Rostock, Friburgo, Greifswald, Basilea, Ingolstadt, Tubinga, Maguncia, Wittenberg, Francfort del Oder, Marburgo, Königsberg, Jena, Dillingen, Helmstaedt, Altdorf, Giessen, Paderborn, Rinteln, Kiel, Innsbruck y Halle (1694). Los príncipes fundadores de universidades protestantes no reconocían, como era natural, el derecho de sanción del papa acatado en la Edad media; y sólo por mera fórmula pedían permiso al emperador. La organización de las universidades era, y seguía siendo aún, la de los últimos tiempos de la Edad media: las tres primeras facultades comprendían la teología, jurisprudencia y medicina; la cuarta, la filosofía, según la lengua moderna, abrazaba las llamadas siete artes libres (*artes liberales*), es decir, la gramática, retórica, música, dialéctica, aritmética, geometría y astronomía. Las tres primeras facultades «creaban doctores,» la cuarta «hacía» maestros (*magistri*).

En la época de la Reforma, la posición de los profesores en las universidades sufrió un importante cambio, pues se los consideró y pagó como servidores de los príncipes fundadores; mientras que antes debían contentarse con los honorarios satisfechos por los estudiantes. A decir verdad, así disfrutaban de una renta más segura, pero esta renta debían destinarla á pagar el precio de su independencia, porque eran y fueron en lo sucesivo servidores de príncipes en el sentido más humilde de la palabra. No obstante, como los sueldos se reducían á una corta suma, la renta de los profesores, incluso el importe de los honorarios y de las disertaciones, era insuficiente, y en la mayor parte de casos más bien parecía la limosna de un mendigo. Para citar un ejemplo diremos que todos los gastos anuales de la universidad de Wittenberg ascendían en la época de Lutero á 3,795 florines; el mismo Lutero y Melanchton tenían los honorarios más subidos como profesores, es decir 200 florines anuales; mientras que el sueldo más alto de un catedrático de la universidad de Viena era de 300 florines, y el de los profesores de los demás puntos no excedía por término medio de 150 florines. La existencia de estos sabios, semejante muy á menudo á la del mendigo, era una cadena de humillaciones. Los más concienzudos vegetaban, siempre con apuros y deudas; los que tenían mejor conocimiento del mundo y menos escrúpulos, proporcionábanse otro sueldo como astrólogos ó alquimistas, ó bien practicaban con este fin la lisonja y la adulación hasta el grado extremo de la bajeza. Otros, sin dejar de ejercer su profesorado, dedicábanse á la venta de cerveza y vinos, estableciendo en su casa una taberna pública para los estudiantes. Los actos penales de las universidades alemanas de los siglos XVI y XVII nos explican tristemente el grado extremo de relajación á que habían llegado las costumbres de los nobles en la sociedad de los sabios, haciéndonos comprender cuál sería la disolución de la vida doméstica, y la frecuencia con que las mujeres é hijas de los profesores de universidad faltaban á la decencia y al decoro. La



costumbre de enviar á las universidades á los jóvenes hidalgos bien provistos de dinero, para que pudieran distinguirse por el lujo, los banquetes y las francachelas, contribuía bastante á la mayor disolución del mundo académico. En algunas partes hasta se confería el rectorado de la universidad á tal ó cual estudiante noble; y estos rectores, á menudo muy jóvenes,



UN ESTUDIANTE ALEMÁN

demonstraban entonces á la comunidad académica que todo era permitido tratándose de banquetes, orgías y pendencias.

Y á pesar de eso, tales modelos eran del todo superfluos, pues toda la picardía, ligereza y rudeza propia ántes de los escolares vagabundos de la Edad media, se había transmitido á los estudiantes de la época de la Reforma. El contraste que ofrecían los hechos de la vida real académica con los rigurosos estatutos y constituciones de las universidades alemanas, llegó á rayar en lo ridículo, como se puede ver si se compara, por ejemplo, la *constitutio y ordinatio* de la universidad de Tubinga del año 1518, con el proceder de los estudiantes de esta ciudad en aquella época ó algo después. El estudiante alemán manifestaba desde un principio inclinación á distinguirse marcadamente como *Bursch* (de *bursarius*, socio de una *Bursa*?) tanto por su traje como por sus maneras, de los que llamaban «filisteos» (ciudadanos), calificativo que, según dicen, empezó á aplicarse en Jena en 1693. De aquí resultó también la afición de los estudiantes á exagerar siempre las modas del día en sus trajes: así, por ejemplo, los jóvenes

del siglo xvi dieron en la manía de estrechar el traje español, introducido por la corte imperial, hasta el punto de hacerle indecente, así como más tarde exageraron la anchura de los bombachos de una manera escandalosa, dándose también maña después para desfigurar el traje del siglo xvii hasta lo fantástico. Entonces llevaban bigote y perilla, el cabello largo, y sombrero de anchas alas con pluma ondulante; sobre la ropilla, adornada en el pecho y en las mangas de



LOS FRANCESES EN ALEMANIA

cuchilladas, poníanse un ancho cuello de encaje; el capotillo se sujetaba debajo del hombro con mucha coquetería, y era más bien un adorno que una parte del traje; el pantalón, exageradamente ancho, ceñíase por debajo de la rodilla, y las botas, llamadas de campana y provistas de espuelas, dejaban ver la pantorrilla. En el costado izquierdo llevaban pendiente un espadón con empuñadura de cazoleta: en el cinto un librito de memorias; en la diestra un nudoso palo y en la izquierda la pipa.

La costumbre india de fumar, introducida en Alemania por los ejércitos españoles, holandeses ó ingleses, durante la guerra de los Treinta años, se generalizó tan pronto entre los estudiantes como entre las tropas, y todas las censuras del clero contra la innovación, entre otras la de que «las bocas que fuman tabaco no son sino chimeneas del infierno.» tuvieron tan pobre resultado, que muy pronto los venerables señores figuraron entre los más asiduos fumadores, ó como se decía al principio «bebedores de tabaco». Los estudiantes se desafiaban á fumar, como ya lo hacían á beber, pues el antiguo vicio de embriagarse se propagó durante la época de la Reforma en las universidades alemanas de una manera lastimosa, á la par que otros muchos excesos. A la vista del mismo Lutero, los estudiantes de Wittenberg pasaban la vida entregados



á «la embriaguez, el escándalo y la disolución;» y lo mismo sucedía en todas partes: á la glotonería y á los actos deshonorables había que añadir una desenfrenada inclinación pendenciera, que no sólo se manifestaba en numerosos desafíos y sangrientos tumultos, sino que llegaba hasta el homicidio y el asesinato.

Las mismas coplas entonadas por los estudiantes expresaban su característica rudeza; y para comprender sus ideas sobre el mundo y la filosofía de la vida estudiantil, hubiera bastado oír lo que cantaban á principios del siglo XVII en medio de sus báquicos festines: «¡Comamos y bebamos hasta mañana! ¡Que reine la alegría exenta de cuidados! Poco tiempo nos queda que vivir en la tierra, y por eso debemos aprovecharlo y divertirnos. El que cae ya no vuelve á levantarse; para él concluyen la vida y el placer: no sabemos de nadie que haya vuelto del infierno para decirnos cómo se está allí. Vivir en buena compañía no es pecado. ¡Emborrachate, pues hasta no poder más; acuéstate y levántate para embriagarte siempre de nuevo!»

Hé aquí una prueba fehaciente de la «profunda moralidad» difundida, según se dice, por la Reforma entre nuestros antepasados. Como es consiguiente, de poco sirvió también que el pastor Matías Friederich publicara en 1552 su «Diablo de la borrachera» contra el vicio de la embriaguez, lo mismo que contra todos los vicios (el «Diablo del baile,» el «Diablo de las maldiciones,» el «Diablo de las prostitutas» etc.), pues no obtuvo ningún resultado. Durante la guerra de Treinta años la disolución de la vida académica aumentó hasta el punto de que á menudo estaban borrados del todo los límites entre una vida de estudiante, de soldado ó de saltador; aún en el siglo XVIII se encuentran bastantes huellas de tal existencia. El desarrollo de los usos y costumbres de vida estudiantil (los «filisteos» los calificarían tal vez de abusos y malas costumbres), se verificó desde la época de la Reforma, sobre todo dentro de los «Cuerpos de compatriotas» que en las universidades habían ocupado el lugar de las «Naciones» de la Edad media, distinguiéndose unos de otros por divisas y colores. En estos cuerpos de compatriotas, á los que en el siglo XVIII se reunían las «órdenes,» y en el siglo XIX los «cuerpos» y «estudiantinas,» desarrollóse y prevaleció poco á poco aquel código de los estudiantes alemanes conocido bajo el título francés de *Comment*. Los decretos más antiguos de este extraño código, son sin duda los que se refieren al llamado *pennalismus*, originarios aún de los escolares vagabundos de la Edad media, de los llamados «sirantes, bacantes» y «vagantes». *Pennal* (del plumero de los escolares) llamábase al estudiante que ingresaba por primera vez en la universidad (hoy llamado «zorro»). Durante un año era un esclavo muy atormentado por sus compañeros. La absolución solemne del penalismo, empero, la llamada «deposición», era un tormento exagerado contra el cual se opusieron varios gobiernos particulares y hasta la dieta del imperio, pero en vano. Del año 1713 ha llegado á nosotros un «sermon de deposición» que indica minuciosamente los diferentes grados del maltrato de los pennaes que debían absolverse y que á menudo ponían en peligro la vida del paciente; pues le atormentaban con peine, tijeras y lima, con hacha, cepillo de carpintero y sierras, con limpiavidios, taladro y navaja de afeitar, instrumentos todos de dimensiones enormes. Del sermón en cuestión resulta cuán difícil era entonces pasar del grado de pennal al de estudiante. Hoy día ya no es tan brutal este procedimiento y también el «comment» se ha civilizado. Los partidarios más modernos del mismo tienen sin embargo de común con los más antiguos una

sola cosa: el particular afán de formar dentro del Estado otro estado pequeño de la misma condición.

En la época de que hablamos, el método de la enseñanza académica era aún muy mezquino. Las explicaciones teológicas, ó según se las llamaba oficialmente, las «lecciones» y los «ejercicios», se limitaban casi siempre á la dogmática y á la exégesis; las jurídicas al código; las



FELIPE MELANCTON

instituciones, á las pandectas y á los cánones; las médicas á las obras de Hipócrates, Galeno y Avicena, añadiéndose algunas observaciones sobre anatomía, diagnosis y farmacia; las filosóficas á algunos pocos autores latinos y á un número más reducido aún de griegos, á la retórica, dialéctica, moral, matemáticas y física. La ciencia de la historia se descuidaba del todo ó se maltrataba de una manera bárbara. Las grandes faltas y los evidentes vacíos de la enseñanza académica, se llenaban y encubrían del mejor modo posible por medio de disquisiciones y controversias, y estos ejercicios académicos, revestidos á menudo de muchas superficialidades retóricas, llenaban el lugar de la prensa científica que aún no existía. Estas indicaciones revelan de un modo suficiente que en la época de la Reforma era mucho más incómodo y costaba mucho más trabajo el llegar á ser sabio que hoy día, en que un hombre de inteligencia mediana puede adquirir con buena voluntad y metódicamente una ú otra ciencia profesional, para lucirse después como «técnico,» á costa de la ciencia ajena. En aquellos tiempos al contrario, sólo los hombres de dotes extraordinarias podían lograr por medio de grandes esfuerzos, de largas meditaciones y de un incansable estudio, ser verdaderos sabios, hasta el grado que lo permitía el estado general de la cultura. A pesar de esto, había en los siglos XVI y XVII en los países alemanes un número crecido de sabios y de hombres doctos.